

## JOSE MARIA VIGIL

Nació en Guadalajara, Jal., el 11 de octubre de 1829. Murió en México, D. F., el 18 de febrero de 1909.

Es autor de las obras siguientes: *Historia de la Reforma, la Intervención y el Imperio*, tomo V de *México a Través de los Siglos*, (1884-89); *Ensayo Histórico del Ejército de Occidente*, en colaboración con D. Juan B. Híjar y Haro. (1874); *La Mujer Mexicana* (1893); *Reseña histórica de la Literatura mexicana* (1894); *Lope de Vega*, impresiones literarias (1904); *Flores de Anáhuac*, (1856); *Realidades y Quimeras* (1856); *La Hija del Carpintero y Dolores o una Pasión, Antología de poetisas mexicanas* (1893). Además, escribió numerosos estudios históricos y literarios y discursos publicados en periódicos y revistas mexicanos y extranjeros.

Humanista y literato liberal, eminente bibliógrafo. Fue Director de la Biblioteca Nacional y uno de sus organizadores más competentes. A él se debió la formulación de los primeros catálogos de los tesoros que ella guarda. Tradujo varias obras de Persio, Marcial, Petrarca y editó la *Historia de las Indias de Las Casas*, la *Crónica Mexicana* de Tezozomoc y las *Memorias para la Historia del México Independiente* de Bocanegra, ésta última a base de los escuetos apuntes que éste dejara y que obran en la Biblioteca Nacional.

A su bio-bibliografía se han referido: Ignacio Mariscal, "Discurso en los funerales de Don José M. Vigil" en *MAM-CRE*, 6 v., México, Imp. de Francisco Díaz de León, 1876-1910, VI; Vicente Riva Palacio en *Los Ceros...*; Francisco Sosa en *Los Contemporáneos. Datos para la biografía de algunos mexicanos distinguidos en las ciencias, en las letras y en las artes*. Tomo primero, México, Imp. de Gonzalo A. Esteva, 1884, XL-386-[2] p.; Emeterio Valverde Téllez en sus *Apuntaciones Históricas...* y en su *Bibliografía filosófica mexicana...* y Enrique de Olavarría y Ferrari, *Crónica del Undécimo Congreso Internacional de Americanistas, primero reunido en México en octubre de 1895*, México, Imp. y Lit. La Europea, de F. Camacho, 1896, 185 p.

En nuestros días tenemos: Roberto Ramos, "José María Vigil" *BBSHCP*, No. 147, 15 enero 1959, p. 1, 8. Un "Discurso luctuoso" acerca de él se republicó en este mismo *Boletín*, No. 268, 1o. abril 1963, p. 12-15. El Discurso que pronunciara en honor de Manuel Orozco y Berra, se reprodujo en el *BSMGE*, 4a. ép. T. II, 1890, p. 26 y ss. Una recordación a él: "José María Vigil. Escritor Mexicano del siglo XIX" *BBSHCP*, No. 252, 1o. agosto, 1962, p. 12-13. Se ha ocupado de él con amplitud, Carlos J. Sierra en "José María Vigil", México, Club de Periodistas de México, 1963, 298-[2] p. ils. (Biblioteca del Periodista).

Fuente: José María Vigil. *La Reforma*, en Riva Palacio, Vicente et al, *México a través de los siglos*, 5 v. v V. México, Ballescá y Cía., Editores, [1884-1889], V-535-537.

## EL CINCO DE MAYO

Al amanecer el día 4 el general Zaragoza ordenó al general don Miguel Negrete que con la segunda división de su mando, compuesta de mil doscientos hombres, ocupara los cerros de Loreto y Guadalupe, que fueron artillados con dos baterías de batalla y montaña: formáronse además de las brigadas Berriozábal, Díaz y Lamadrid, tres columnas de ataque, compuesta la primera de mil ochenta y dos hombres, la segunda de mil, y la última de mil veinte, todas de infantería; y además una de caballería con quinientos cincuenta caballos, al mando del general don Antonio Alvarez, con una batería de batalla. En la mañana del 5 el enemigo desprendió una columna como de cuatro mil hombres, con dos baterías, hacia el cerro de Guadalupe, y otra pequeña de mil, amagando al frente. Este ataque, no previsto por el jefe mexicano, le hizo cambiar su plan, mandando inmediatamente que la brigada Berriozábal reforzara a Loreto y Guadalupe, y que el cuerpo Carabineros a caballo ocupara la izquierda de los asaltantes para cargar en el momento oportuno. Poco después mandó al batallón Reforma, de la brigada Lamadrid, para auxiliar los cerros, que a cada momento se comprometían más en su resistencia; y el batallón de zapadores de la misma brigada fue a ocupar un barrio casi a la falda del cerro, con tal oportunidad, que evitó la subida a una columna que por allí se dirigía, trabando combates casi personales. Los franceses fueron valientemente rechazados en los tres asaltos que dieron, y la carga de la caballería, situada a la izquierda de Loreto, evitó que se organizara un nuevo ataque. Entretanto, el general Díaz, con dos cuerpos de su brigada, uno de la de Lamadrid con dos piezas de batalla y el resto de la de Alvarez, contuvo y rechazó la columna que marchaba sobre las posiciones mexicanas, y que se replegó a la hacienda de San José, en donde se hallaban ya las rechazadas antes, preparándose a la defensa. "Pero yo no podía atacarlos, añade el general Zaragoza, porque derrotados como estaban, tenían más fuerza numérica que la mía: mandé por tanto, hacer alto al ciudadano general Díaz, que con empeño y bizarría los siguió, y me limité a

conservar una posición amenazante." Las fuerzas beligerantes estuvieron a la vista hasta las siete de la noche, en que los enemigos se retiraron a su campamento en la hacienda de los Alamos, y los mexicanos a su línea. La noche se pasó en levantar el campo: "El ejército francés, decía todavía Zaragoza, se ha batido con mucha bizarría: su general en jefe se ha portado con torpeza en el ataque. Las armas nacionales se han cubierto de gloria... puedo afirmar con orgullo, que ni un solo momento volvió la espalda al enemigo el ejército mexicano, durante la lucha que sostuvo."

Las pérdidas del ejército francés en aquella jornada, según el parte del general Lorencez, fueron de cuatrocientos ochenta y dos hombres, cifra considerable relativamente a su efectivo, según observa M. Niox, y que se compone de esta manera: quince oficiales muertos, veinte heridos; ciento sesenta y dos soldados muertos y doscientos ochenta y cinco heridos o dispersos. Las pérdidas de los mexicanos, conforme al parte del general Zaragoza, ascendieron a ochenta y tres muertos, ciento treinta y dos heridos y doce dispersos; contándose entre los primeros cuatro oficiales, y diez y siete entre los segundos. Quedaron además veinticinco prisioneros franceses.

Tal fue el resultado de la primera acción de guerra propiamente dicha entre los ejércitos mexicano y francés; resultado que hizo cambiar mucho la opinión pública acerca de la intervención en mal hora emprendida por Napoleón III. Los escritores afectos al bando traidor, ya que no pueden destruir los hechos, ni borrar la vergüenza de que se cubrieron los promovedores de aquel atentado, se han echado a cuestras la ingrata tarea de deslustrar la legítima gloria que alcanzaron los valientes defensores de la República en la memorable jornada del 5 de mayo de 1862, esforzándose por disminuir su importancia, tanto en el punto de vista militar como en el político. Pocas palabras bastarán para mostrar lo infundado de esos trabajos, inspirados por el odio, que, a través de los hombres y de las instituciones liberales, recae sobre la libertad y la independencia de la patria. Desde luego, la derrota de Puebla levantó el nombre y la reputación de México, considerado antes en el extranjero de la manera más injusta y depreciativa. A tal grado llegaban la soberbia y el engreimiento de sus enemigos, que ni por un momento imaginaban posible que hubiese quien les hiciera la más pequeña resistencia, en lo que anticipadamente calificaban de paseo militar. Se ha visto la arrogancia del general Lorencez, cuando desde Ori-

zaba anunciaba a su gobierno que era dueño de México a la cabeza de sus seis mil soldados; terrible y merecida fue, pues, la lección que recibió ante el fuerte de Guadalupe, en donde tuvo que reconocer que valían algo aquellos hombres sobre quienes se consideraba con tal superioridad "de raza, de disciplina, de moralidad y de elevación de sentimientos". Tan arraigada estaba la opinión sobre la impotencia de México, para luchar con un ejército europeo, que el mismo general Prim, de cuyas simpatías no puede dudarse, no creyó la primera noticia de lo de Puebla, al recibirla en los Estados Unidos, donde se hallaba a la sazón. Además, aquel suceso hizo caer de los ojos del general francés la espesa venda que le habían puesto la traición y la perfidia, pudiendo convencerse de todo lo que había de falaz en las promesas que le habían hecho constantemente Saligny y Almonte, sobre el apoyo que encontraría en la nación entera y en el gran partido monárquico. Amargamente expresa esta desilusión el mismo Lorencez en las siguientes palabras que dirigió a su gobierno sobre el desastre de Guadalupe: "Tal era, señor mariscal, mi situación ante Puebla, la ciudad más hostil a Juárez, según la opinión de las personas a quienes debía dar crédito, y las que me *aseguraban formalmente*, conforme a las noticias que habían tenido oportunidad de recoger, que *yo debería ser recibido allí con transporte y que mis soldados entrarían cubiertos de flores.*" Y todavía, en una proclama a sus soldados, se expresaba en estos términos: "Vuestra marcha sobre México ha sido detenida *por obstáculos materiales que no debíais esperar*, según las noticias que se os habían dado. Se os había repetido cien veces que la ciudad de Puebla os llamaba con todos sus votos, y que su población acudiría solícita a recibirlos, cubriéndolos de flores. Con la confianza inspirada por esas seguridades *engañosas*, nos hemos presentado delante de Puebla..." Con tales sentimientos bien se comprende el profundo disgusto del general Lorencez hacia sus aliados y consejeros de la víspera. "El acusaba a M. de Saligny de todo lo que había sucedido, dice M. Niox: había roto sus relaciones, y se expresaba duramente de él en su correspondencia con el ministro de la Guerra; suponíale el proyecto de hacer interceptar el correo del ejército con objeto de impedir que llegasen a Francia los informes del cuartel general; reprochándole en términos durísimos hábitos incompatibles con la dignidad de su carácter, y aun manifestaba la intención de hacerle arrestar. No se mostraba el general en jefe más satisfecho del general Almon-

te, y se felicitaba, por el contrario, de sus buenas relaciones con el general Márquez. Estos debates fueron de lo más penosos. Bástenos haberlos indicado para establecer bien el cambio que se había operado en el ánimo del general Lorencez desde su llegada a México y la franqueza con que desmentía las ilusiones de los primeros días.”

Un hecho levantó de un golpe a la República del fango de degradación y cobardía en que sus enemigos la suponían hundida; un hecho que reveló el fondo de inicuas mentiras sobre que se había construido el plan de intervención, puesto que aquella “minoría opresiva” era suficientemente enérgica para mantener a raya al “gran partido monárquico” que tanto había figurado en las intrigas de los traidores, y para oponer tan seria resistencia a un ejército cuyo valor, organización y disciplina nadie ha puesto en duda; un hecho, repetimos, que fue la rehabilitación de México ante el mundo, presentándole tal como es, tiene que ser forzosamente considerado de la más alta importancia. El sentimiento nacional no se ha equivocado al colocarle entre los sucesos más gloriosos de los anales patrios; y si el inmortal autor de *Fausto* ha podido decir de la batalla de Valmy: “De este lugar y de este día data una nueva época en la historia del mundo”, la República ha podido decir del 5 de mayo, con no menos razón. “De este lugar y de este día data una nueva época en la historia de México; en la historia de la América Latina.”